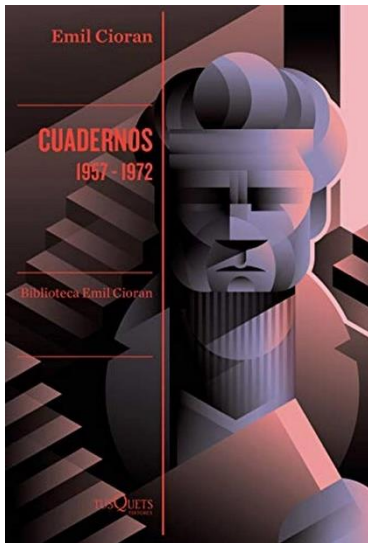


CIORAN, EMIL. *CUADERNOS 1957-1972*. TRAD. MAYKA LAHOZ, BARCELONA:
TUSQUETS, 2023, p. 1056

Paolo Gajardo Jaña
Universidad de Chile (UC), Chile

Las más de mil páginas que componen los *Cuadernos* son el resultado de quince años de anotaciones marginales—diseminadas en diez cuadernos idénticos—gracias a las cuales Cioran sobrellevó sus días y sobre todo sus noches. La intención original del autor era que cada uno de estos cuadernos fuera destruido sin excepción. Esto porque no están concebidos con la intención de ser una obra publicable, sino que son una suma de ejercicios de escritura, anécdotas, recuerdos, reflexiones insomnes, esbozos sobre su cotidianidad y su círculo cercano: amigos, detractores, escritores de la



época*, etc. Pese a no tener una declarada intención de publicación, en varias anotaciones pueden encontrarse agudas sentencias que podrían conmocionar e incomodar al lector tanto como cualquiera de los libros que vieron la luz bajo la pluma de Cioran. De hecho, varios aforismos y reflexiones que pueden encontrarse en obras como *Historia y utopía* (1960), *La caída en el tiempo* (1964), *El aciago demiurgo* (1969) y *Del inconveniente de haber nacido* (1973) pueden encontrar su génesis entre las páginas de estos *Cuadernos*, al punto de a veces encontrarse escritos sin modificación al final de una anécdota o de forma aislada como una sentencia a la que se llegó tras un insomnio atroz.

A través de estos *Cuadernos* el lector puede aproximarse a una faceta más íntima de Cioran, aquella parte oculta que no se mostraba ni al público ni a sus cercanos. La “obra” en cuestión se erige como un cúmulo de ejercicios escriturales de un espíritu en su absoluta soledad, a través del cual se emprende un “*Pequeño inventario de lo insoluble*” (649), donde aquel adjetivo solo puede tomarse con ironía.

Estrictamente las anotaciones no constituyen un diario, ya que solo algunas entradas están fechadas y tampoco tenían la intención de componer uno, pues el mismo Cioran considera en sus *Cuadernos* que dicho género “es odioso: un montón de chismes casi siempre. Si consigno algunos de ellos aquí, es únicamente para mantener en mí la ilusión de escribir, de hacer algo” (908). La frecuencia con la que Cioran llenaba página tras página de tan variopintas reflexiones y comentarios de su intimidad se explica por su necesidad vital de expresión, de transfigurar su malestar y pensamientos circunstanciales, así lo comenta en una anotación de fines de 1968: “este ejercicio cotidiano tiene algo bueno, me

* Tales como Albert Camus, Jean Paul Sartre, Martin Heidegger, Samuel Becket, Gabriel Marcel, Eugène Ionesco, Georges Bataille, André Breton, Roland Barthes, entre otros contemporáneos.

permite reconciliarme con las palabras y verter en ellas mis obsesiones, al mismo tiempo que mis caprichos: lo esencial y lo inesencial quedarán igualmente consignados en ellas” (693). En efecto, entre las páginas de los *Cuadernos* se entrelazan y alternan anotaciones “inesenciales”—como un dolor de estómago, un control médico o el bullicio del vecino—y reflexiones existenciales sobre la muerte, el tiempo, el lenguaje, la nada, Dios y el suicidio. En ocasiones ambas dentro de una misma entrada, donde la sentencia esencial se concluye tras el relato de una anécdota inesencial. Los ejercicios de escritura cioraniana que componen los *Cuadernos* se ubican así en un terreno intermedio, difícil de calificar, sin dejarse encasillar bajo alguna categoría. El mismo autor se refiere a ello en una anotación de 1966: “No se trata en mi caso ni de filosofía ni de literatura, sino simple y llanamente de terapéutica. Eso quizá sea agradable y útil para mí, no para el lector. ¡Se trata justamente del lector!” (456).

Mención aparte merecen los abundantes comentarios de Cioran sobre sus lecturas y relecturas, aquella “actividad [...] pasiva casi ininterrumpida” (p. 985) que ocupaba la mayor parte de sus días. Entre la anécdota y la máxima emergen numerosas reflexiones sobre los libros que terminaba de leer o releer, por lo que pueden rastrearse las íntimas opiniones que suscitaban en Cioran autores tan variopintos como Nietzsche, Pascal, Voltaire, Schopenhauer, Tácito, Kafka, Teresa de Ávila, Emily Dickinson, Goethe, Plutarco, san Agustín, Aristóteles, Chéjov, Shakespeare, Dostoievski, entre tantos otros.

Resulta complejo hacerse una idea sobre lo que opinaría Cioran respecto a la publicación y traducción de aquellos *Cuadernos* que había consignado para su destrucción póstuma. Por una parte, es sabido que no consideraba de buen gusto exponer todo respecto a uno mismo ante el público, de ahí la máxima que anota en las postrimerías de sus *Cuadernos*: “Solo hay una regla de oro en literatura y en arte: dejar una imagen incompleta de uno mismo” (1023). Por otra parte, tal como advierte en el prólogo Simone Boué (10)—compañera de vida de Cioran—existen ciertas pistas que hacen pensar que el autor creía que esos esbozos podrían llegar a ser leídos por otros (como el hecho de tachar y reemplazar por una X los nombres de quienes se burla y ataca). A esto ha de sumarse la confesión de que él mismo prefería y apreciaba en otros escritores los restos y fragmentos que circundan un libro más que la obra en sí misma, lo cual comenta en una entrada de 1971: “Más que los preliminares, de una obra me interesan los fracasos, los *restos*. De un escritor se leen sus cartas, sus confidencias, sus recuerdos y los recuerdos *sobre él*; cosas, todas, que ilustran la caducidad de la obra, por muy espléndida que sea, y la vitalidad, la permanencia del accidente, de la anécdota, del estremecimiento en estado improvisado y no elaborado (lo que es necesariamente una obra)” (998). Precisamente estos *Cuadernos* constituyen aquellos restos que tanto fascinaban a Cioran en otros. Considerándolo así, si se tratase de las anotaciones personales de alguno de los autores que frecuentaba Cioran, lo más probable es que los hubiera leído de buen agrado para asistir a aquellos estremecimientos y permanencias que trascienden las obras compuestas para ver la luz ante el público. Esta ambivalencia no es de extrañar, pues la contradicción era considerada por Emil Cioran como un elemento orgánico e insoluble de su existencia (969).

Los *Cuadernos* interesarán al lector que conozca el estilo y obsesiones de Cioran y quiera explorar en detalle aquella faceta íntima y oculta del autor. Si al lector le fascinan tanto como al autor los subterfugios de la anécdota, los restos de lo improvisado y no elaborado, entonces las abrumadoras 1056 páginas de los *Cuadernos* no serán un inconveniente para ejercitar por un buen tiempo aquella “actividad pasiva” en que tanto se ocupaba el apátrida metafísico que fue Emil Cioran.